
MANUEL MARTÍNEZ CORDERO

Durante los años de investigación invertidos para la elaboración de esta biografía, no encontré ningún dato que no me confirmara que fue realmente un ser excepcional, decididamente con un corazón de oro. Fue un hombre muy culto, con una gran actividad, de carácter enérgico y totalmente independiente, con un corazón lleno de nobles sentimientos y caridad inagotable.

Tuve ocasión de entrevistar a Rafael Cordones, uno de sus mayordomos, por aquel entonces "Chico", como lo llamaban, tenía 9 años. Se emociona recordando a ese señor alto y respetuoso que les hablaba como si fueran hombres. Rafael, me descubre a un Elías Ahuja serio pero amable, exigente pero cariñoso, respetuoso y observador. Me habló de Cleo y Yastdog, sus perritos, del torero portuense Manolo Pino, del que era benefactor, del doctor Antonio Ordóñez, su médico. Y muchas otras anécdotas que hacen brillar sus ojos a medida que vuelven a su memoria los recuerdos de su niñez y de aquel señor al que todos acudían a solicitar ayuda. Un hombre bueno, repetía.

A Elías Ahuja no le gustaba el protagonismo que le daban los periódicos de la época ya que provocaba, entre otras cosas, que recibiera miles de cartas solicitando ayuda o colaboración económica tanto a personas como a entidades a las que no podía ni responder por falta de tiempo. Tan sólo en una ocasión concedió una breve entrevista de carácter personal y en su domicilio a la REVISTA PORTUENSE, algo excepcional en él. Decía así: (...) *Fuí recibido por él en su despacho, que es un lindo saloncito decorado con severidad y exquisito gusto. Muebles antiguos, un reloj soberbio de palo santo y bronce y las paredes totalmente cubiertas de marcos que encierran títulos y diplomas, destacándose entre ellos un hermoso pergamino dedicado por el Regimiento de Infantería Base Naval de Cádiz, en el que se le nombra Coronel Honorario del mismo; la mesa está totalmente cubierta de papeles y entre ellos se eleva un gran ramo de flores. La figura alta y elegante de Don Elías tiene el aspecto serio y distinguido de los grandes empresarios americanos. Me recibe con una sonrisa de optimismo que es característica suya y, sin esperar más, le solicito una fotografía suya y que me dé algunos datos interesantes de su vida. Me miró y me dijo: "Ya le he dicho a usted que no me gusta mucho que se hable de mí en los periódicos. Mire usted, ayer Diario de Cádiz se ocupa nuevamente de mí con motivo del estadio que voy a construir en los terrenos del Tiro Nacional, del que soy Presidente, y pide se le dé mi nombre. Esto no me gusta, pues tiene el inconveniente de que estas publicaciones pasan la frontera de la provincia y recibo cientos de cartas todos los días de toda España solicitando mi participación y mecenazgo en muchos proyectos.*

Es ya verdaderamente alarmante, porque no puedo atenderlas”. Y me enseña un montón de cartas que han llegado en el último correo. Hablamos de la Cruz Roja, ¿cómo no?, del mausoleo que ha construido en el cementerio de Cádiz (cuya fotografía se publicó en este boletín) para donarlo a la Asamblea de dicha capital, oficialmente y en acto solemne. En él reposan ya los restos de gran número de soldados fallecidos en África. Su secretario interrumpe nuestra conversación para preguntarle si va a comer con sus pobres, a lo que contesta afirmativamente. Me dice que siempre que no tiene invitados en casa, come en el local donde estuvo instalado el Hospital de sangre, en el que tiene establecido el comedor donde se sirve comida a viudas y sus hijos en número de cien. Además se dan a cuantos pobres llegan a la puerta raciones de comida y pan, que diariamente se preparan para el socorro exterior. Como es la hora fijada para dichas comidas me despido de él, no sin recordarle que mi visita tenía un objeto del que nos habíamos desviado y le rogaba la entrega de alguna fotografía suya y que me dijese algo interesante sobre su vida: “Estudiar, trabajar, luego allá en América, trabajar mucho, conseguir una fortuna y venir luego a mi pueblo para descansar y hacer todo el bien posible, sin desear otra recompensa que la satisfacción que siento al hacerlo”. Y con esto di por terminada la entrevista y mi visita con mi querido amigo Elías Ahuja (...).

De todas las personas necesitadas, los presos de el Penal²² de El Puerto de Santa María eran una prioridad para Elías. Quizás porque la auténtica pena de los presos no era la falta de libertad sino la soledad, unida a una pobreza extrema y a unas condiciones de vida muy precarias, en condiciones inhumanas, que él intentó paliar como puede apreciarse en las obras caritativas realizadas en el penal durante el período 1927-1930, algunas de las cuales describimos a continuación.

Gracias a la cesión de un cinematógrafo por parte de Elías, el 12 de noviembre de 1927 todos los presos, la mayoría por primera vez, pudieron disfrutar de la proyección de una película. A este especial acontecimiento asistieron los redactores de la REVISTA PORTUENSE, que destacaron al día siguiente la buena organización existente junto a una severa disciplina: (...) *Todas las órdenes se daban a toque de corneta marchando los presos en silencio, casi automáticamente sin escucharse más que el roce de sus pies por el pavimento. Un número de ellos llevaba los calderos a las mesas para servir la comida, repartiendo pan y sirviendo vino a los que lo solicitaban y durante la comida un recluso leía pasajes del Quijote en medio de un profundo silencio (...).*